



Espronceda.

Coronacion de los reyes en Aragon.

Libra España del romano yugo y asentada su independencia al abrigo de las armas godas, comenzó á proclamar sus reyes con mas solemnidad y aparato. Los detalles de las ceremonias que tenian lugar en aquella época, no pueden menos de excitar la curiosidad: los de la proclamacion de los reyes de Aragon son sobre manera interesantes. Elegido el príncipe, los nobles y dignidades del reino le levantaban puesto en pie sobre su escudo hasta colocarle encima de los hombros, para que el pueblo le saludara recibiendo y prestándole el debido juramento. Todavía en tiempos de la dominacion agarena conservaron esta práctica los pueblos que lograron esquivarla, y aun quedó á los últimos siglos como perpétuo monumento de tan magestuoso acto, la frase *alzar por rey* que en su principio estaba muy lejos de ser metafórica, por la misma razon se llamaron *feles* los súbditos, atendido el juramento de fidelidad que entonces hacian y tambien *hombres á homes del príncipe*, de donde provino la palabra homenaje, atravesando hasta nosotros por mas que faltan hoy las ideas que en su origen encerrara; pero convirtió unas y otras denominaciones la servil lisonja en la disonante voz *vasallos*, de aplicacion incierta, oscuro nacimiento y naturaleza dudosa.

Mas no tardó la ambición de los pontífices en invadirlo todo, y apoderarse juntamente con las fórmulas del derecho popular en ellas incrustado y como reconocido, la solemnidad religiosa del acto les abrió camino para intervenir; pasaron en breve de la intervencion á la exigencia, y de aquí al dominio, llegando á tal extremo el abuso de la superioridad que ejercieron á nombre de la Iglesia, á tanto grado el envilecimiento de los príncipes ante sus ojos, que ya en el siglo XII no solo pretendian disponer de sus coronas, sino que las colocaban con los pies sobre sus cabezas.

El reino de Aragon, uno de los primeros que sacudió la romana tiranía á la sombra del valiente Ataulfo, y logró en parte evitar la odiosa irrupcion de los africanos, no pudo tolerar este menoscabo y arbitrario influjo, ni quiso permitir aquella usurpacion de sus fueros y prerogativas. Alentáronse los monarcas con el apoyo de la opinion, y resistieron la novedad primero con astucia y despues con franca entereza.

Don Pedro II llamado el Católico, fué modelo de sorprendente sagacidad, si bien envuelta en sombras de humilde deferencia al destemplado intento del papa Inocencio III de este nombre. Había este promulgado una decretal por la que declaraba verdadero emperador, aquel solo á quien él agraciara con la corona del imperio; y la debilidad del monarca, transigió con tan repugnante idea, acudiendo á recibirla en Roma como si en otro caso no quedara bien segura sobre sus sienes. Mas pareciéndole así mismo harto vergonzosa la circunstancia de acomodarla con los pies, discurió con notable ingenio mandarla fabricar de pan ácimo ó sin levadura y enriquecerla con multitud de preciosas piedras y adornos de gran valor, por donde sin rebajar la magnificencia de la insignia logró que fuese tomada con las manos en consideracion á la materia.

Menos tolerantes sus sucesores y mal avenidos con la impuesta subordinacion, protestaron formalmente que no recibian la corona *de la Iglesia ni contra la Iglesia*; y aun hubo muchos que no consintieron fuese tocada por los obispos en quienes habian delegado ya sus facultades los pontífices para semejantes casos.

Este alto aprecio que señores y súbditos hacian de la dignidad del trono, no podia menos de reflejar magestuosamente en la solemnidad con que se celebraba el ascenso del nuevo reconocido. Comenzaban los preparativos y fiesta muchos días antes que tuviese lugar la ceremonia, y no concluían hasta alguno despues. La ciudad de Zaragoza se inundaba de gente forastera que acudia ansiosa á gozar de tan magnifico espectáculo. El palacio en donde se hospedaba el príncipe, veíase adornado con esquisito lujo y ostentacion, entapizados los suelos y paredes con riquísimas alfombras, fabricados toldos en los descubiertos de sirgos ó damascos y en diferentes puntos elevados asientos que componian un sillón sobre gradas ocultas en recamados paños, y por remate un dosel de seda y oro, con destino á la real persona. Concurrían á la funcion los magnates y prelados caballeros ricos-hombres, tanto del reino como de las provincias comarcanas, con lucidas y numerosas comitivas en que rivalizaba la gala de los adornos con el capricho y buen gusto de la invencion; la ciudad y el rey, cada cual por su parte, establecian diversas telas para justas, nombrando mantenedores que la defendiesen, y los nobles forasteros se las disputaban uno tras otro día, en tanto que los moros aliados vestidos de albornoces y aljaabas y armados con

sus alargas y ginetas, quebraban cañas entre sí, ofreciendo la vista de los espectadores la agradable y confusa variedad del entretenimiento.

Al mismo tiempo discurrían por las calles danzas y coros de jóvenes de ambos sexos que daban vida al público regocijo; los oficiales de la ciudad dirigiendo otros grupos de músicos en que alternaban las trompetas con los instrumentos de cuerda y órganos de mano, se entraban diariamente en los palacios del rey á saludarle enloqueciendo en su alegría; y los judíos residentes entonces en la ciudad, repetían igual festejo, ceñido el traje con cintas de plata y formando alegres sonos con sus voces y salterios. Entre los juegos y diversiones que por las calles se tropezaban, distinguíase por lo militar y pujante el que llamaron *bohardo*: en donde ejercitaban los caballeros su destreza y vigor; inaudito para la batalla: consistía su aparato en un lienzo de tablas bien sujetas por sus extremos en dos robustos troncos á conveniente altura, los que tomaban parte en él, rompían á todo el escape de sus caballos adornados por fuero con pretal de cascabeles, y levantaba una lanza corta en que estaba severamente prohibido llevar ningún género de punta, ni aun formada en la misma madera: sin embargo, había señalado dos premios al que consiguiera taladrar arrojándola al espesor del tablado, teniéndose con justicia en mucho el esfuerzo del tirador; después de tan maravillosa prueba, no parecerá fabuloso que al impulso de brazos tales atravesara un dardo en la guerra el acerado arnés ó la cota del enemigo.

Llegada la noche admitían los reyes en su cámara á los príncipes señores que hubieran asistido á la celebridad del día, y como en demostración de agasajo les mandaban reparar de sus arcas preciosos vestidos y joyas; estendiéndose la munificencia también á sus criados y personas de inferior clase, á quienes solían dar en vez de galas, dinero con que se las procurasen.

Tres días antes de la coronación se consagraban los príncipes al retiro y al ayuno, sin dejarse ver no siendo de sus familiares; y era indispensable requisito que se hubieran de bañar en ellos, confesando y comulgando el último para que la limpieza del alma acompañara á la del cuerpo en tan solemne ocasión. Llegada la hora, inmensa concurrencia de grandes y prelados poblaba los salones del alcázar: el nuevo rey ataviado con deslumbrante riqueza y cubierto con su manto, venía á saludar á los que le aguardaban, y sentándose en parage elevado donde el pueblo le divisara, recibía sus aclamaciones acompañadas con el músico estruendo de clarines y chirimías que en su excesivo número se confundían y desconcertaban. Allí armaba caballeros á algunos de sus escogidos; y montando después en un caballo encauchado del mismo paño de sus vestiduras, se encaminaba á la iglesia acompañándole los infantes y primeras dignidades del reino que en igual forma cabalgaban: el resto de la comitiva le rodeaba, honrándose los señores y títulos con llevar dos largos cordones pendientes del freno. Abrían paso los juglares con sus bailes ó instrumentos á las banderas y estandartes reales; detrás marchaban en orden los escuderos llevando en hombros los broqueles, espadas y escuderos de los agraciados que cerraban el séquito del monarca.

Cada clase del estado se esforzaba en obsequiarle, preparando en su tránsito alguna inesperada invención que manifestara su alegría. Ya eran vistosos cuadrillos de caballeros armados fingiendo á su paso un torneo en donde mil variadas suertes alternaban con los tremendos golpes que se repartían hasta quebrar ó torcer las espadas; ya grandes castillos fabricados con primor y conducidos por hombres ocultos, en cuyas torres ardían ciriales de enorme corpulencia, ó bien se veían doncellas y matronas adornadas con alegóricos trages que cantaban delante del rey romances alusivos á la función; ya, en fin, eran prodigiosas moles representando ciudades con su fortaleza á correspondiente distancia, coronados los muros y almenas de guerreros que imitaban el correo y combate según la estrategia de aquellos siglos. Las calles cubiertas de olorosas plantas, envueltas los balcones y azoteas de costosos tapices y enladradas, escondidas innumerables hachas de blanca cera, iluminando la baldad y pomposo atavío de opulentas damas que amontonaba en todas el deseo de ver y ser vistas, portando sus destellos en mil colores sobre la tersa brillantez de las joyas de diamantes, daban un aspecto grave y seductor á la trazada carrera. Pero antes

de llegar á la catedral salían en procesión á recibir al rey, obispos, abades y clero, conduciéndole entre sus filas hasta las gradas del altar mayor dispuesto con el debido aparato.

Oraba el rey brevemente y en alta voz pidiendo á Dios acierto para desempeñar el severo cargo que se imponía; lo cual hecho se retiraba al sitial de antemano preparado en las mismas gradas, dejando espacio á que los escuderos colocaran sobre el altar los broqueles que conducían, y á los oficiales para que los orlase con sus pendones. Los músicos al pie del monarca hacían públicamente colocación de vinos y confites, servido el plato y copa por los infantes, grandes maestros de las órdenes ó otras personas de cuenta. Concluido esto, retirábanse las gentes de la iglesia, y el príncipe á la sacristía, donde reposaba en su lecho para que le encontrara descansado la ceremonia del siguiente día; quedando en el templo algunos condes y personajes de la servidumbre á velar sus armas.

Apenas despuntaba la aurora, era la primera diligencia prepararse oyendo misa privada, y seguidamente se mostraba al pueblo en igual disposición que la víspera. Salían entonces en procesión los caballeros, los prelados y dignidades eclesiásticas, cantando salmos, hasta rodear al monarca, que hincadas las rodillas y la cabeza reverentemente inclinada, oyó las oraciones que sobre él y sobre sus armas pronunciaba el arzobispo, vestido de pontifical. Bendecidas por fin, después de largos ritos, ceñíase el propio la espada, y dándose una palmada en la mejilla izquierda la sacaba y blandía por tres veces ante la muchedumbre: calzábale dos grandes las espuelas, y quedaba armado caballero, continuando la misa y oficio para la coronación.

Retirábase ante todo á trocar el traje, siendo notable que encima de él vistiese alba, casulla y dalmática como si hubiera de representar autoridad entre las jerarquías de la iglesia; volvía luego del altar acompañado siempre de los nobles y prelados, guardando sus costados los obispos que pedían en alta voz al metropolitano le ungiese y consagrarse, pues de derecho le pertenecía la corona. Suspendiendo la celebración preguntaba este si eran sabedores de lo que aseguraban, y respondido afirmativamente por todos hasta tercera vez, el arzobispo exploraba las voluntades del rey y del pueblo: era ungido el príncipe con el óleo santo sobre el pecho, y cada uno de los hombros, y tomando entonces la corona, cetro y globo, sin permitir que nadie los tocara por conservar intacta su independencia, recibía la bendición y se dejaba conducir al trono ó silla real, en cuyo momento el arzobispo entonaba el Te-deum. No era todavía bastante para entrar en el ejercicio del poder aquel tan solemne acto, si antes no hubiese jurado en córtes lo mismo que en él manifestaba. Habiendo tomado D. Alonso III, desde Mallorca el título de rey de Aragón, sin preceder este requisito, los nobles se juntaron y dispusieron enviarle una embajada en que de parte del reino le requerían para que luego viniese á jurar según costumbre, y sobreseyese entrando en el llamarse del rey; pues no le tenían ni tendrían por tal, hasta que no lo hiciera; y de tal modo se obstinaron en su razon, que el rey hubo de ceder y aun disculparle. Así daban á este género de fórmulas una importancia positiva.

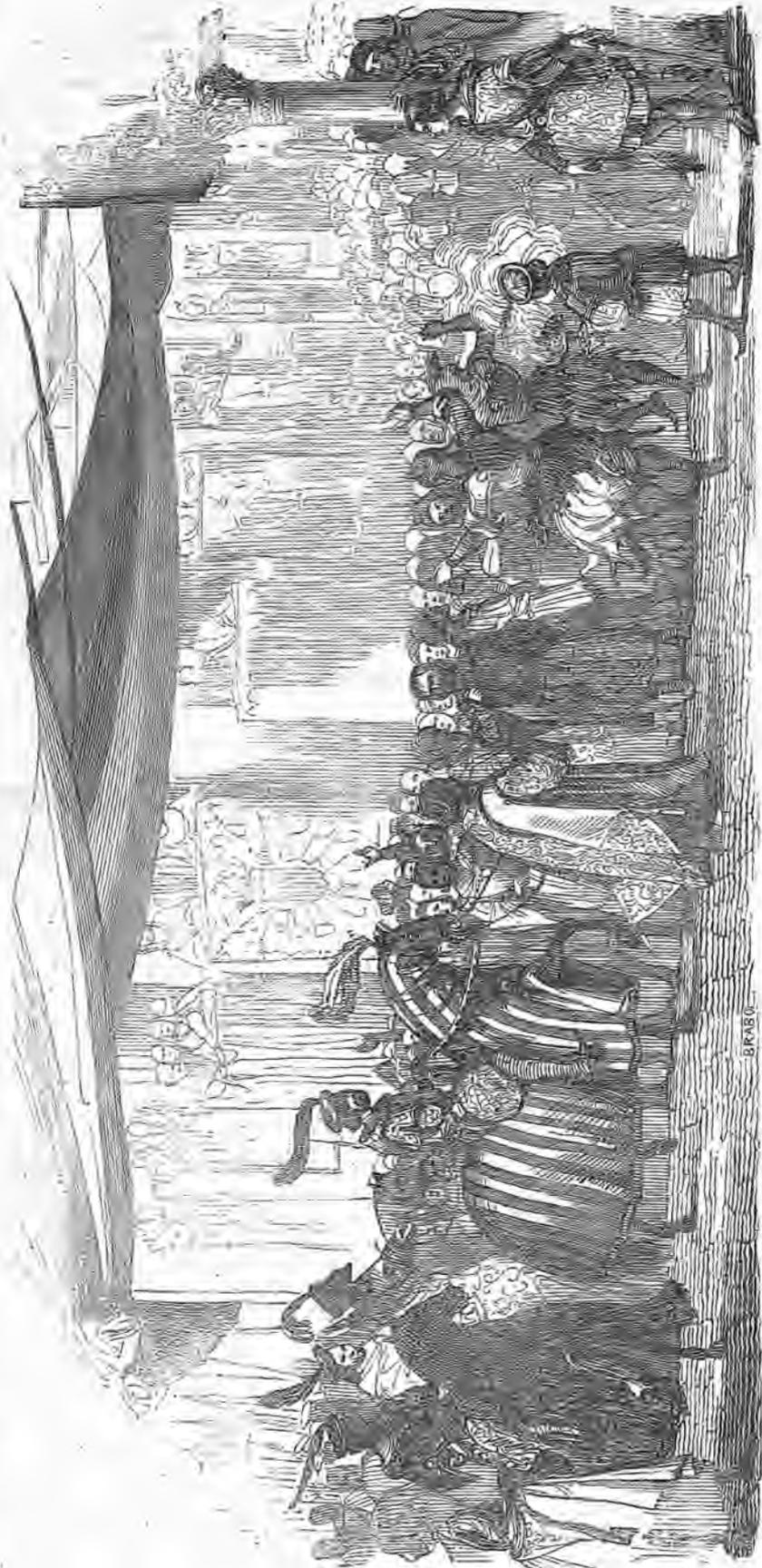
Concluidos los oficios, horan, tomaban los poderosos al rey sobre sus hombros para sacarle á las puertas del templo: ¡Venerable recuerdo de los primitivos usos! Montaba allí en su caballo con el embarazoso traje sacerdotal y las insignias de monarca; distribuíase el cortejo en igual forma que á la venida y se dirigía con la misma suntuosidad al real alcázar. En sus patios y salones se veían grandes mesas preparadas con esmero para la comida, dispuesta sobre un tablado para los reyes, que al parecer se complacían en mostrarse á sus vasallos, y con destino los inferiores á la grandeza y resta de los convidados. Y era tanta su largueza, que daban aquel día mesa franca á cuantos quisieran disfrutar del favor; subiendo alguna vez á diez mil las personas que acudieron á tales banquetes.

Mas no se reducía á una vana ostentación de generosidad este agasajo, sino que descubría el intento de agradecer festejando al reino las públicas muestras de su alegría: de captarse su amor concediéndole merced tan señalada como admitir en su propia mesa á las clases del estado sin distinción, por eso no desdeñaban los príncipes responder á las invenciones del pueblo con otras de idéntico carácter que regocijaban el festín. Apuráronse en ellas los recursos de la

imaginación, y aunque revelan á nuestros ojos el sesgo particular que el gusto había tomado en aquella época, todavía su relación sorprende y manifiesta el arrojo que presidía en sus más tranquilas diversiones. Las fiestas se prolongaban por muchos días, y el nuevo rey celebrando la octava de su coronación, permanecía durante ella encerrado en sus aposentos. Desde sus miradores gozaba del brillante espectáculo de las fiestas y torneos que diariamente se repetían: multiplicábanse las danzas y rondas, lidiábanse toros, y hasta los judíos prepararon singulares festejos, presentando en simulacro ambulantes sinagogas en aparatos de madera, dando representaban al público los ritos y ceremonias de su ley.

**Sepulcro de los Reyes
Godos Chindasvinto y
su mujer Reccisvurga.**

Uno de los monumentos célebres de la antigüedad, fué sin duda el monasterio de monjes Benedictinos fundado en el siglo sétimo en san Roman de la Hornija, distante una legua de la ciudad de Toro, por los Reyes godos Chindasvinto y su esposa Reccisvurga, por consejo de san Fructuoso, primer Abad de él, y con el objeto de que sirviera para su entierramiento. Destruído hoy casi en su totalidad, sólo se conserva parte de la Iglesia, y en ella una pequeña capilla con el sepulcro donde se hallan los restos mortales de los fundadores. En lo antiguo, y cuando ocupaba el medio de la nave mayor de la Iglesia, ostentaba magnificencia y grandeza: hoy esta en la capilla llamada del santo Cristo de la Rod, sin otro recuerdo que el escudo y urna que representa la lámina. Unos tabloncillos dados toscamente de blanca, ocultan una gran urna de alabastro sencilla, que guarda las cenizas de los Reyes: sobre ella se vé un paño negro de vara y media de largo y una de ancho; en el centro un escudo con el fondo blanco, y en él nueve estrellas en tres órdenes; tres azules, tres blancas, y las tres restantes de uno y otro color, rematando en una corona al parecer ducal. A los lu-



Comitiva del rey en la coronación.

dos del escudo hay dos pequeñas tarjetas también blancas, con letras pajizas, bastante deslucidas; en la del lado derecho se lee «Reciberga Regina. Requiescat in pace amen.» en la del izquierdo dice lo mismo con solo la diferencia del nombre que es el del Rey Chindasvinto. Sobre el paño negro hay un marco grande de madera dorado, contiene un tarjetón de pergamino, y en el mal latín que se lee, sin haberlos alterado en nada los siguientes versos escritos en letra gótica.

»Si dare pro morte geminas liquisset et aurum,
 »Nulla mihi poterant Regum dissolvere vitam,
 »Sed quia sors una cuncta mortalia quassat,
 »Nec primum redimit, nec flectens egentes,
 »Hisse ego te, lonjux, quia vincere fata nequivi,
 »Funere perfectam sanctus commendo tuendam.
 »Et cum flamina vorax veniat convinere terras,
 »Extibus igrorum merito ociata resurgas.
 »Et unne chara neichi jam Reciverga valeto,
 »Quod que paró feretrum Rex Chindasvintus sumtus amato,

»Jumje deflectam. Restat et dicere summam
 »Qua tenuit vitam simul et conumbia nostra.
 »Federe conjugis septem fere duxit in annis,
 »Undeci et binii ævium cum mensibus octo.

En el mismo marco, en su parte inferior se lee que fué renovado en 1820 por uno de los monges. En la pared de la iglesia exteriormente, al mediodía, se ven dos inscripciones sumamente destruidas por las aguas, y borradas en su mayor parte, sin embargo, por algunas dicciones que aun se leen con dificultad, parece debieron ser lápidas sepulcrales: una columna de la antigua iglesia, con diferentes molduras, que se conserva en la sacristía, y el retablo del altar mayor, y principalmente el angel que presenta á san Roman la corona y palma del martirio, son de gran mérito artístico, y los únicos restos del templo antiguo construido por el mismo orden que el de san Dionisio de Paris, y que contaba muy pocos superiores en España.

Valladolid 6 de Junio.

FRANCISCO GARCIA SOMOLINOS.



LA PLAZA DE ORIENTE.

Os advierto, amables lectoras, que tomo la pluma poseída de la mas negra melancolia; y que, si Dios no lo remedia, voy á escribir ideas muy tristes. ¿Pero cómo ha de ser? no siempre se viste la naturaleza su manto de gala. Unas veces destella el sol en nacarados horizontes, y otras se pierde bajo densas nubes: los prados ostentan en la primavera rica alfombra de pintadas flores, y en lo riguroso del estío yerbas pálidas y marchitas: á los trinos del ruiseñor sucede el gemido del buho: una misma campana anuncia la natividad y la muerte: todo ofrece terribles contrastes: por lo mismo el hombre rie ó llora, gime ó canta, dice chistes ó murmura quejas, segun el sol de su existencia destella en claros horizontes ó entre densas nubes se pierde. Contentaos, compasivas lectoras, con la lóbreguez de mi espíritu, y seguidme al campo de mi historia.

Figuraos un hombre alto ó bajo, delgado ó grueso, moreno ó rubio, como mas os plazca: á este hombre no lo cargueis mucho de años, pero no lo reduzcáis tampoco á la primera juventud: hacerlo un héroe de novela, melancólico y sentimental; un libertino, inórduo y burlesco, ó un ciudadano inofensivo y bondadoso: inventar fábulas, con ellas tejer la historia de su vida: algunas fábulas saldrán historias, como muchas historias salen fábulas: pero ya que tanto he dejado á vuestro arbitrio, justo será que me reserve dar á este hombre la predisposicion de ánimo, que él mismo explicará, en el umbral de su alojamiento, con estas cortas reflexiones.

«Estoy cansado de vivir. Pasan los días unos tras otros, como las cuentas de un rosario, y todas como ellas, se parecen; todos presentan una insoportable monotonía. Quiero amar, y no puedo amar: quiero despertar mi ambicion, y mi ambicion duerme tranquila: quiero ser ava-

ro ó codicioso, y el dinero se escapa de mis manos: quiero avivar mi sed de gloria, y me hace la misma impresion la corona de laurel de un poeta que la de pámpanos de un borracho: quiero, en fin, vivir, y mi vida es un permanente letargo. A este letargo es muy preferible la muerte. Comienza á oscurecer: las sombras protejen á los malos designios. Si dirijo mis pasos al Prado, me fatigará su bullicio; podré, huyendo de él, alejarme hasta el Botánico, salir por la puerta de Atocha, tomar el camino del canal y zambullirme en su fétido cieno. Así pondría fin á mi hastio; pero un ahogado se abutaga, se pone lívido y hace malísima figura. Mejor será que me encamine á la plaza de Oriente; y, sino se modifican mis malos propósitos, me tiraré por un malecon, y moriré en seco, pues no soy animal acuático.»

Dijo el héroe de nuestra historia; atravesó á buen paso la Puerta del Sol, con grave peligro de muerte, gracias á los mil carruages que la cruzan á todo escape y á los mil vagos que la obstruyen: bajó la calle del arrenal, vergüenza de la villa y corte de Madrid: cruzó la plazuela de Isabel II: dejó á su espalda el llamado Teatro de Oriente, que en vez de servir para representaciones teatrales sirve á la representacion nacional: y, siempre avanzando, llegó á la plaza de la Armería, y se reclinó sobre el pretil de piedra, que la sirve de balustrada. Desde allí, en una noche clara ó á la luz del sol, hubiera visto el Campa del Moro, dividido en varios parterres, remado de los jardines naturales; el lento y turbio Manzanares, con sus estériles praderas y sus alamedas escasas; la Casa del Campo, frondoso Oasis en los arenales de un desierto; y, por término del horizonte, las montañas de Guadarrama y la fria sombra de San Lorenzo del Escorial. Pero, en lo oscuro de la noche, aparecia envuelto el paisaje en un gran manto de tinieblas, que se espesaban en proporcion á la distancia; formando un confuso horizonte, que cruzaban formas caprichosas é inciertas.

Apenas llegado al perfil, llamó la atención de nuestro héroe el sonido de dos guitarras, que tañían dos ciegos en distintos parages de las ramblas del real palacio. Cantaba el uno de ellos la pasión de Cristo en pobre rima, y el otro un romance caballeresco de nuestros antiguos cancioneros. La música de ambos cantares, melancólica y elevada en su misma monotonía, se acordaba perfectamente; como se adunaban la galantería y el valor de nuestros mayores con la religión que profesaban, defendían y hacían florecer en los mundos que conquistaban. Los dos pobres ciegos, que interrumpían sus cantigas de vez en cuando, para recibir las limosnas y en nombre de Dios agradecerlas, parecían á nuestro preocupado héroe dos trovadores de la edad media, que venían á despedirse de sus reyes; el uno en nombre de la religión escarnecida, y el otro en el de la lealtad castellana debilitada y vacilante. Esta preocupación le hizo volver los ojos hácia la Armería, y creyó leer sobre sus brillantes armaduras este mote de los antiguos caballeros: *con su Dios, mi Rey, y mi DAMA*: triple emblema de Religión, Honor y Lealtad, que inspiró tan heroicos hechos á los reyes y los barones, á los obispos y ciudades. Como era natural, comparó época con época; y huyendo un mundo de recuerdos brillantes y nobles, se volvió á la plaza de Oriente en busca de otro mundo real, aunque abigarrado y mezquino. Sin embargo, no le era fácil abandonar instantáneamente el mundo de recuerdos, y fijó sus miradas, que empezaban á ser inciertas, en el palacio real y en la estatua ecuestre de Felipe V de Borbon. Entre la estatua y el palacio existe una verdadera analogía, porque el monarca vaciado en bronce levanta el bello edificio de piedra; pero á mas de esta analogía encontró nuestro héroe una segunda, verdadero enigma ó problema, que resulta de la colocacion del monumento. Felipe V y su caballo vuelven la espalda al real alcazar, y á gran galope, se adelantan hácia el interior de la villa. ¿Esta posición significa que la monarquía abandona su alojamiento; que se adelanta francamente á confundir sus intereses con los intereses generales; ó que, á guisa de conquistadora, quiere arrollar en su carrera cuantos obstáculos se la presentan para recobrar rápidamente su omnipotencia y esplendor? Cualquiera de estas tres hipótesis tendrá gran número de partidarios; nuestro héroe se contentó con formularlas sin imaginar resolverlas. Hubiera seguido, quizás, entregado á sus fantasías, á no habérlo sacado de ellas un cochecito, tirado por dos cabras, que lo atropelló y estuvo á punto de derribarlo. Iban sentados en el pequeño carruaje seis niños y niñas, de dos á cuatro años, sirviéndoles de escolta sus madres, nodrizas ó niñeras. Nuestro héroe, que filosofaba, paró su atención sobre el carruaje, encontrando en él materia á graves reflexiones. En aquel cochecito iban niños pertenecientes á varias gerarquías, porque hasta la madre mas pobre puede sacrificar dos cuartos para entretener á su hijo. ¿Cuáles de aquellos niños, andando el tiempo, arrastrarían trenes magníficos, y cuáles se verían reducidos á la mas espantosa miseria? ¿No podría suceder que el hijo del artesano, y el del portosoero quizás, fuera el preferido de la suerte, y el del alto funcionario público, el del título ó el banquero el condenado á la miseria: viéndose reducido, si es hombre, á ganar el sustento con un cochecito y dos cabras; y, si es muger, sirviendo de escolta á otro cochecito semejante? Lo cierto es que á aquellos seis niños esperan seis destinos muy diferentes. Quizás va entre ellos un Calderon, un gran duque de Alba, un marqués de la Ensenada, un Velazquez ó un Jaime el Barbudo: quizás va entre ellas una doña Maria de Molina, una santa Teresa de Jesus ó una princesa de los Ursinos. ¿Quién calculará el desarrollo y las modificaciones que pueden tener aquellos cerebros infantiles? Alejandro Magno fué un niño; niños fueron Platon y Aristóteles, Píidas y Rafael, Newton y Robespierre. Niñas fueron Corina y Cleopatra, Maria Teresa y Carlota Corday. La inteligencia en el alma del niño es un grano de trigo, que puede podrirse en la tierra; morir al momento de brotar, ó producir doradas espigas: la semilla existe, los frutos solo Dios puede valérselos.

No queriendo sufrir nuestro héroe nuevamente el choque de aquel pequeño carruaje, subió dos ó tres gradas de piedra y entró en el arceife destinado al paseo de los concurrentes á pié. La niñez le salió al encuentro, formando un círculo, al cual daban tambien escolta madres, niñeras y nodrizas. Se movía la rueda lentamente al com-

pás de un canto monótono, que entonaban algunas niñas y repetían algunos niños; y la amalgama del carruaje se presentaba en escala mucho mas estensa. Sin embargo, la suerte futura de aquellos niños, comparada á su ocupacion actual, no ofrecía tan violentos contrastes; pues si todos bailaban ahora, todos podrian bailar despues; unos sobre alfombras de Persia, bajo dorados artesones y á la luz de bugias de esperma; otros sobre florido césped ó menuda arena, bajo la bóveda del cielo, y á la radiante luz del sol ó á la melancólica de la luna.

Seguía el héroe de nuestra historia su paseo, codeándose con laboriosos artesanos, que terminadas sus tareas, iban á tomar un poco el fresco, á fumarse unos cuantos cigarros y á dirigirse las mismas preguntas que se habian hecho la noche anterior y las pasadas, relativas á *el caballo de bronce*, al Palacio, al alumbrado de gas, al teatro de Oriente, que no se acaba, y á la Biblioteca Nacional, cuya utilidad no comprenden. Tras los artesanos venian varios cesantes, jubilados ó militares retirados; los cuales si hablaban alguna vez del Palacio ó de *el caballo de bronce*, era para compararlos á las entrañas del ministro de Hacienda, tan duros como la piedra y el metal, que los tenía á dieta involuntaria, y vestidos tan de verano, que solia comunicarse el viento con las carnes, que acababa de tostar el sol. Presentando notable contraste, seguía al grupo de los ex-servidores del Estado, uno compuesto de mugeres de quince á veinte y cinco años; tan escasas de graves penas como en desenfado abundantes. Su conversacion era variada: ya hablaban de una comida en el canal; ya de una corrida de toros; ya de cierto baile de *cañal*, que tuvo curiosos incidentes; ya de Perico, Menolo y Juan, mozos de vida aventurera; ya decian una flor al primer hombre de buen pelaje que tropezaban, y ya ponian un mote á un cesante desarraigado. Todas se mostraban alegres; todas gritaban y reían; y, sin embargo, muchas de ellas estaban destinadas á pasar la vida en la cárcel y á morir en el hospital. A corta distancia de estas mugeres, venia una bandada de calaverillas de mal tono, barlamiplinos ó completamente imberbes; cogidos del brazo, con puro en boca, atropellando á las señoras, diciéndolas insolentes requiebros, y haciendo gala de un cinismo que asienta á su corta edad lo mismo que una negra banda de crespon sobre un cándido traje de boda. Estos manebos serán dentro de un año ó dos periodistas, para dirigir la opinion pública; novelistas ó autores dramáticos, para reformar las costumbres; dentro de diez años ministros, para administrar y moralizar el país; dentro de veinte años obispos, para predicar la religión. Pero qué importa: las inclinaciones se cambian en un abrir y cerrar de ojos; los hábitos se pierden por ensalmo; la educacion no deja huellas. Estos manebos serán censores justos y decorosos, escritores morales, ministros probos y discretos, dignos pastores de la iglesia; y sino ¿qué importan al estado el decoro, la probidad, la moralidad y religion? Intereses son muy secundarios en una sociedad tan ilustrada como la nuestra, que desdeña las preocupaciones, aunque estas preocupaciones den orden al estado, paz á las familias y felicidad al individuo.

Acá y acullá se veian algunos cuadros patriarcales; ya una madre, rodeada de cinco ó seis hijos, y una niñera que llevaba en brazos al mas pequeño, manifestando que aquella madre alimentaba con su sangre á los hijos de sus entrañas, cumpliendo enteramente los deberes de la maternidad; ya un padre que llevaba á un niño, de cinco ó seis años de la mano, y le explicaba la Historia de España, haciéndole la de los reyes que pueblan la plaza; y ya un matrimonio ocupado en cuidar de dos ó tres niños, que saltan, vian y juguetean. Estos bellos cuadros de familia interesarán á nuestro héroe, y despues de haberlos contemplado, se internó en los jardines colaterales en busca de nuevas escenas. Estos jardines son á la plaza lo que un convento es á un teatro, lo que el paseo del Botánico es en una noche de estío al Prado de Madrid. Reina en ellos el silencio y la oscuridad. Bajo sus árboles, y arrimadas á sus arbustos, encuentra el curioso un corto número de sillas casi divididas en parejas; y efectivamente nuestro héroe encontró que estaban ocupadas, cada dos, por un hombre y una muger. Lo misterioso del lugar le hizo creer á primera vista que todas aquellas parejas eran de dichosos amantes, pero un examen detenido le hizo comprender su craso error; y para vengarse de su poco feliz

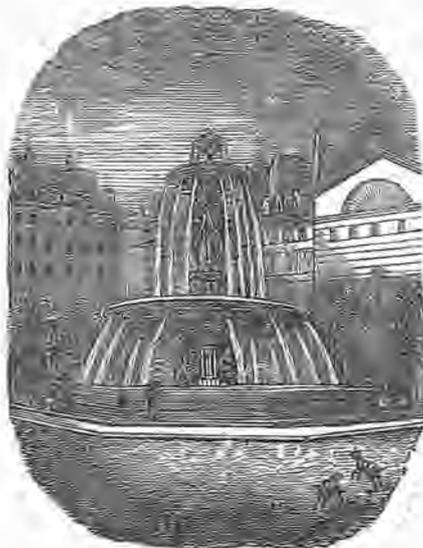
instinto se detuvo á clasificarlas: formando los siguientes apuntes:

«Pareja nocturna formada por hombre y muger de edad mediana, ó mas que mediana, que están sentados á la conveniente distancia para que el viento circule entre ellos libremente; que se ocupa de la carestía del carbon, del precioso invento de las hornillas económicas, en las cuales se cuece la comida con la tercera parte de combustible y en la mitad del tiempo; que anatematiza á los tahoneros, se queja del subido alquiler de los cuartos y habla mucho de los criados: es, sin disputa matrimonio.—La compuesta de hombre de edad madura y muger joven, sentados á alguna distancia y un cierto despego; que tratan de modas, teatros y bailes, encomiándolas la muger y maldiciéndolas el hombre: no hay que dudarlo, esta pareja la forman un padre y su hija.—Hombre y muger bastante jóvenes, sentados muy próximos, pero sin pretension de estar unidos, que se hablan con suma dulzura del baile y la comida, de las modas y los caseros, de la lavandera y los teatros, de buenos mozos y guapas mozas; no hay que preguntarlo, son hermanos.—Pareja que forman hombre y muger de edad poco desiguales, sentados tan juntos, que ponen una silla sobre la otra, que hablan siempre de una misma cosa, aunque en distintos diapasones; que ríen pocas veces y se sonríen con harta frecuencia; que miran alternativamente al suelo y al cielo, que guardan silencio y suspiran, trascienden á amantes que dá gozo.»

Tomó nuestro héroe estos apuntes, y no teniendo interés alguno en romper el velo de sombra que ocultaba aquellos jardines, los abandonó á lento paso, y con la mayor distraccion se encontró de nuevo en el paseo. La decoracion se habia cambiado: no encontró niños ni cesantes, carruagitos ni cuadros de familia. Paseaban ó estaban sentadas algunas señoras granaditas, elegantes, ó con pretensiones de serlo, y las daban conversacion algunos hombres. En algunos lados se veian pequeños grupos de mugercillas, casi tendidas en el suelo, por hombrecillos escoltadas: hermoso cuadro de nuestra civilizacion! y palabras escandalosas herian los oidos, completando aquellas inmundas bacanales, que no poseen siquiera el entusiasmo de las griegas.

El relój de Palacio dió las doce, nuestro héroe creyó conveniente encerrar su humor atrabiliario entre las paredes de su cuarto: abandonó la plaza, se encerró en su modesto gabinete, tomó la pluma y escribió el artículo que habeis leído.

JUAN DE ARIZA.



LEYES Y COSTUMBRES ANTIGUAS.

Cuando los *Zacinas* fundaron á Denia, dispusieron que para el buen gobierno y prosperidad de la naciente colonia, hubiese quince varones graves y honrados, tres de ellos con absoluto poder para la imposicion y ejecucion de los castigos, todos los cuales se llamaban *Fismukos*, que en griego es lo mismo que personas venerables: tambien se les encargó de la puntual observancia de las leyes dictadas por aquellos, cuyo espíritu filosófica y tendencias, prueban la cultura, á la par que sencillez, de unos tiempos tan remotos.

Estractaremos varias de dichas leyes, y algunas costumbres raras.

Habia una de las primeras, que tasaba y moderaba los gastos de convite y vestidos, de que no se podia exceder sin graves penas.

Nadie podia tampoco dar en dote á sus hijas, cuando se casaban, mas de cien monedas: en trages solo podian gastarse cinco, y otras tantas en arreos de collares, sortijos ó joyas.

Estaba prohibido el vino á las mugeres, sopena de infamia y de otros castigos severos.

Habia un cuchillo colocado públicamente en la plaza, como en épocas posteriores la horca ó la picota, para la ejecucion de los criminales, y á no dudar seria esto un recuerdo perenne que induciria á lo bueno y á lo justo, y á apartarse de las malas acciones.

Se tenía en las puertas de la ciudad dos andas ó féretros para los cadáveres: unas para los de los libres y otras para los de los esclavos, á los cuales se enterraba con sacrificios y música, pensando que así se aplacaba la ira de los dioses, y que se les disponia en favor de aquellos.

Se prohibia la mendicidad, y se obligaba á todos á trabajar, corriendo de cuenta de la colonia el amparo y manutencion de los verdaderamente pobres que estuviesen achacosos ó enfermos.

No se consentian máscaras ni farsas, por los abusos que, se decia, nacia de unas y otras, en particular de cosas deshonestas ó de amores, y para que no se pervirtiesen los que las ejecutaban y presenciaban.

No se dejaba entrar en la ciudad con armas á los forasteros, y se les obligaba á que las quedasen á las puertas á personas diputadas al efecto.

Siempre habia, en un sitio público, un vaso de ponzoña hecho con zumo de cicuta, con el objeto de que el que quisiese morir le bebiese; pero dando antes la razon ó causa de tan desesperada y extrema determinacion, la cual solia aprobarse si era enfermedad larga é incurable, dolor ó tristeza sobrada, pobreza suma ó desastre mayor é imprevisto; y aun así, los *Fismukos* meditaban y reflexionaban mucho antes de conceder su licencia. Entonces honrraban al que tomaba el vaso, asistiendo á la ceremonia y á su entierro; pero si lo verificaba sin preceder aquella, se le negaba el honor de la sepultura.

Los romanos debieron abusar, luego, tanto de este in calificable remedio de poner término á sus penalidades y desgracias, como se deduce de la siguiente inscripcion hallada en Roma: «Yo Cayo Manlio, hijo de Cayo Manlio, doy el alma y la vida al infierno Pluton de tres cuerpos y á su muger carisima Proserpina, y al cancébero de tres cabezas, trayendo con amigo el presente: enciérrome en este monumento por no vivir en soledad desesperada y mancillada, siéndome muertas seis hijas que se les cayó una casa encima despues que Publio Escipion los habia restituido á la Patria Camerto trayéndoles de la Libia donde estaban trabajando en una mina de sal. He vivido cincuenta y seis años, un mes y cinco dias, las horas nadie las sabe; quédate vida.»

REMIGIO SALOMON.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

I.

Amor sobre la tumba.

Lo primero en que se ocupaba el malogrado sargento en su manuscrito era una descripcion altamente

poética y detallada de Lucía, bellísima jóven de diez y seis años, hija de un honrado labrador de Estella, que gozaba nombre de pundonoroso y altivo como un plebeyo romano. Largos párrafos dedicaba á esta tarea nuestro novelista, y aunque creemos que la desempeñó con perfección cumplida, no podemos adoptar su método descriptivo, por sobrado platónico y desusado entre los modernos escritores. Contentarémonos, pues, con decir que la Lucía en cuestion debió de ser tan linda y tan perfecta como las heroínas de todas las obras de imaginación; y ahora enderezaremos nuestros pasos por el camino que nuestro antecesor siguiera.

A la caída de la tarde de uno de esos templados días de otoño, que tan frecuentes son en nuestras regiones meridionales, á través de los rayos del sol próximo á su ocaso, que se desplomaban como una lluvia de fuego sobre una ventana entreabierta en una de las principales calles de Estella, debía distinguir alguna cosa extraordinaria un jóven militar que, cruzado de brazos y en actitud meditabunda, contemplaba ávidamente el interior de la habitación á que daba luz aquella ventana.

A pesar de que en torno reinaba un profundo silencio, quien hubiera, como el jóven soldado, dirigido toda su atención hácia aquel punto luminoso, hubiera podido oír un susurro lastimero como de sollozos reprimidos y gritos casi imperceptibles, que parecían arrancados por un profundo dolor.

De vez en cuando el atento observador de aquella invisible escena llevaba sus manos á ambas mejillas como para enjugar sus lágrimas, y un estremecimiento involuntario agitaba todos sus miembros.

Con efecto: en el interior de aquella estancia alumbrada por el moribundo astro, en un humilde lecho apenas elevado de la tierra, un ser humano parecía acercarse á su fin con el mismo paso que el astro del día. Era una muger con los cabellos blancos como la nieve, el rostro seco y arrugado, la nariz afilada, los ojos hundidos y las mejillas prominentes sonrosadas por la calentura.

A la cabecera del lecho de muerto rezaba un venerable sacerdote: á los pies una jóven anegada en llanto, tenía pendiente su vida de la vida de la enferma; y al lado derecho, estrechando con las suyas una de sus heladas manos, un hombre de edad madura y rostro enjuto, procuraba ocultar bajo una estóica sangre fría la explosión de los sentimientos próximos á rebosar en su corazón.

Reinaron algunos minutos de silencio terrible, únicamente interrumpido por el débil estertor de la enferma y el apagado rezo del sacerdote. Hasta los sollozos habían callado para no turbar aquella solemne escena.

—¡Dios sea loado!—esclamó súbitamente el párroco, acercando su rostro al de la moribunda.

—¡Ya!—contestaron con dolorosa é indefinible expresión los otros dos personajes, procurando conocer en la mirada del ministro del Altísimo la causa de su exclamación.

—Sosegaos, hijos míos, ha abierto los ojos.. vá á hablar. El hombre y la doncella contuvieron su respiración, y miraron al cielo para darle gracias.

En aquel mismo instante la puerta de la sala se abrió pausadamente, y un jóven de graciosa figura se reunió con los circunstantes.—Todos, poniéndose el dedo índice sobre la boca, le recomendaron el silencio.

—En buena sazón vienes, Mateo,—murmuró la anciana, fijando en el jóven sus vidriados ojos,—en buena sazón...—Se aproxima la hora... voy á abandonar el mundo; pero tranquila y satisfecha... como que puedo antes realizar tus votos, que son también los míos...

Al oír esto la jóven, se apoyó convulsivamente en el mástil de la cama, y Mateo se estremeció de esperanza y de alegría.

—¿Lucía?—murmuró la enferma.

—¡Madre!—contestó la jóven, anegada en lágrimas.

—Mateo será tu esposo... es buen muchacho... honrado, trabajador, y que te adora hace mucho tiempo!... ya lo sabes...

La jóven ahogó un gemido.

—Dale la mano,—prosiguió la enferma.

Mateo alargó la suya. Lucía se cubrió el rostro con ambas.

—¡Acércate!—gritó con tono amenazador el hombre de edad madura.

—¡Padre mío!

—¡Acércate! tu madre te lo manda.

Lucía permaneció silenciosa.

—¡Voto á bríos!—gritó su padre, mostrándola los puños.

—Tente, amigo mío,—balbuceó la anciana;—modera ese carácter arrebatado que la atemoriza.—Lucía, ven.

La jóven ocultó la cabeza en el seno de su madre.

—¿Por qué te niegas á hacerle feliz? ¿Te quiere tanto!... Yo también lo deseo... haz mi voluntad por última vez...

—¡Ay! ¡es imposible! ¡es imposible!

—Todo por eso...—esclamó Mateo, sin poderse ya contener.—Como si ese hombre... como si la quisiera mas... ni fuera tan capaz como yo de proporcionarle una existencia cómoda...

—¿Por qué te niegas?...—tornó á decir con voz imperceptible la moribunda.

—Porque... porque no le amo,—contestó Lucía en voz baja.

—¡Ah!—articuló débilmente su madre:—eso es otra...

Y doblando la cabeza sobre el pecho, exhaló el último suspiro.

El sacerdote que la había conocido de antemano, murmuró el rezo de la recomendación del alma, y cogiendo del brazo al esposo de la difunta y á Mateo, los sacó casi á viva fuerza de la habitación.

Lucía quedó sola, sin advertir nada de lo que había pasado.

—¡Madre mía!—esclamó levantando la cabeza después de un momento;—no me priveis el consuelo de vuestra postrera bendición. Yo no puedo amar á Mateo... perdonadme y bendecidme.

El silencio que acogía sus palabras la reveló la verdad en toda su desnudez. Quiso correr á la puerta de la sala, y sus rodillas flaquearon; quiso gritar, y espiró la voz en su garganta. Volvió la vista á su madre, cuyo lecho abandonaba, y sus ojos cerrados y su boca entreabierta la amedrentaron. Golpes tan terribles no podían menos de agotar un espíritu débil como el suyo, y exhalando un ¡ay! de la fatiga del alma, cayó en tierra sin sentido.

Mientras esto pasaba en el interior de la sala, el soldado que desde la calle observaba todo, parecía poseído de la mas viva agitación. Cuando dejó de sentir ruido acercóse silenciosamente á la ventana, y como el sol se había ya puesto, entreabrió con cautela éntrambas ojos, y al distinguir á Lucía tendida en el suelo, se colocó de un salto junto á ella, después de cerciorarse con una escudriñadora mirada de que estaba sola.

—¡Dios mío!—murmuró, pasándose la mano por la frente;—¿qué ha sucedido aquí? Lucía me había citado á las seis y son las siete.... Sin duda el mal de su madre se agravaría....—¡Ah!—prosiguió, reparando en el lecho y en la difunta:—ha muerto! ha muerto! pobre Lucía!

—¿Quién me llama?—murmuró la jóven con apagada voz, y alzando del suelo la cabeza.

—¿Vuelves ya en tí?... mírame.... soy Nicanor.... tu Nicanor....—esclamó el soldado arrodillándose junto á ella.

—¡Nicanor! ¿con que no he dormido?—y yo creía soñar con Nicanor!

—¿Soñabas conmigo ahora?

—Sí, sueño ó realidad.... ¡no lo sé.... ¿y mi madre? ¡madre del alma! ¡ya no la volveré á ver!

—Lucía,—dijo después de una pausa el militar,—te he esperado mucho tiempo. ¿Estás dispuesta?

La jóven no respondió, porque sollozaba.

—Me has dado palabra de partir conmigo,—prosiguió el soldado:—¿te arrepientes? ¿Acaso ese hombre te ha convencido?...

—Nicanor, por piedad.... no me atormentes.... Mi madre antes de morir....

—Acaba....

—Pero yo he reusado.... yo he dicho que no podía amar á Mateo.... ¡Ay! quizás mi madre habrá muerto maldiciéndome!

—¿Has reusado?—Entonces partiremos.

—¡Oh! por piedad!....

—Mi regimiento ha partido ayer.... quizá mi falta sea tenida por una deserción....

Un ruido confuso en la habitación inmediata interrumpió

pió al soldado. Oyóse el rumor de una lucha desesperada junto á la misma puerta, y la voz del padre de Lucía que gritaba fuertemente:

—No os pongáis, ú os mato!—Quiero verla! quiero verla por última vez!

—¡Mi padre!—esclamó Lucía sobresaltada,—quiere entrar.... vete.... nos asesinará, si te encontrase aquí, porque te aborrece.

—Si no partes conmigo, me quedaré á tu lado. Quiero que Mateo me vea cara á cara.

—¡Oh! márchate por Dios!.... no me espongas de esa manera.... yo iré á reunirme contigo fuera del pueblo.

—¿Oyes?... forcejean en la puerta... la van á abrir...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Confiesa que ya no me amas, y yo mismo les saldré al encuentro.

—¡Que no te amo!

Y con el rostro encendido y ademanes de loca, corrió Lucía á la cama de su madre, estampó un beso en la herida megilla de la difunta, se arrojó á su cabecera para rezar un padre nuestro, y dando el último adiós á cuantos objetos allí habla, se acercó á la ventana, donde la esperaba Nicanor, murmurando:

—Ven.

Cuando los dos enamorados ponían el pié en la calle la puerta cedió á los golpes que en ella daban, y el padre de Lucía penetró desahogado en la habitación, seguido de Mateo y el sacerdote que en vano se estorbaban en contenerle.

II.

Nuevas amarguras.

El anciano, con el arrebato del dolor largo tiempo comprimido, se lanzó sobre el cuerpo de su esposa, la estrechó una y mil veces contra su corazón, y se dejó caer sollozando sobre el lecho fúnebre.

El religioso, que acababa de darle con la medida posible la noticia de su viudez, contemplaba aquella triste escena con húmedos ojos; y Mateo, de pié en medio de la habitación la recorría con la vista precipitadamente como buscando algun objeto.

—Dios es la suma bondad,—dijo el sacerdote al anciano separándole de la cama;—confiad en él que os consolará.

—¡Padre mío! ya no me queda nada en el mundo! nada!.... ¡oh! ¡esta soledad es muy horrible!

—Os queda una hija.... una imagen de vuestra esposa.... la mitad de su corazón.

—¡Mi hija! callad, padre, callad!—le interrumpió el navarro.—No me recordéis.... ¿de qué sirven al hombre los hijos, si las pasiones se los han de arrebatar en el momento en que debieran de ser su paño de lágrimas? ¿De qué me sirve Lucía, si un hombre maldito ha venido á interponerse entre su padre y su corazón?

—Lucía es buena, y siempre os amaré.

Mateo se perdía en reflexiones, pues no encontraba á su prometida.

—Nunca me ha amado, prosiguió amargamente el anciano.—Mi carácter duro é irritable la ha hecho separarse de mí desde su niñez, porque me ha temido. ¡Ojalá á costa de mi vida pudiera ahora ganar su amor! ¡pero es muy tarde!—¡con harta razón me lo echaba en cara esa infeliz que ya no respira!

—Aun os queda en mí un amigo, señor Jaime,—murmuró Mateo, alargándole la mano.—Y por ese irresistible influjo que á veces é identifica por decirlo así los corazones lastimados, ambos comprendieron lo que mutuamente sufrían, y se juraron eterna amistad en su interior.

La noche había cerrado enteramente, y aun reinaba el silencio que á estas razones siguió. Mateo con la cabeza apoyada sobre la pared procuraba hallar un medio para explicarse la ausencia de Lucía; el sacerdote rezaba sentado á la cabecera del lecho, y Jaime con los ojos fijos en el cadáver de su mujer, soñaba con un movimiento, con cualquier signo que le diera á entender lo contrario de lo que veía.

Cuando se oyó el toque de oraciones, levantaron todos la cabeza, y se miraron en la oscuridad con inquietud. Todos querían preguntarse una cosa que no osaban proferir.

—¿Y Lucía?—esclamó el anciano, como sacudiendo una pesadilla:—¿dónde está?

Hay momentos, en que, dominado el corazón por un gran pesar, estalla al primer impulso que conmueve cualquiera de sus fibras. En tales momentos hay palabras que significan toda una historia de lágrimas, y que son como las centinelas avanzadas de un cataclismo de amarguras.

Al oír la pregunta de Jaime, Mateo prorumpió en sollozos, y salió de la habitación precipitadamente sin contestar.

—¿Qué sucede, padre?—preguntó el anciano al sacerdote.—No me augura nada bueno la brusca salida de ese muchacho.

—No lo sé, hijo mío. Venid conmigo.

Mateo se había ocultado en un rincón de la cocina, para dar rienda suelta á su dolor. Al ver que los dos hombres se acercaban trató de huir de aquel sitio; pero Jaime, cogiéndole por un brazo:

—¿Qué ha pasado?—le preguntó.—¿Por qué lloras? ¿por qué huyes de mí?

—Lucía....—balbuceó el jóven.

—¿Dónde está?

—No sé: la he buscado por todas partes....

—Quizá en la vecindad....—añadió el cura.

Mateo meneó tristemente la cabeza.

—He sospechado....

—¿Qué sospechas....? ¡Acaba por Dios!

—¡Oh! perdonad que aumente vuestras penas.

—¡Dios mío! me atemorizas.

—Creo que Lucía... se ha... fugado.

—¡Fugado! ¡justos cielos!—esclamaron á un tiempo Jaime y el sacerdote.

Por consejo de éste se registró en seguida la casa, y las vecinas; pero en vano. Las inmediaciones del pueblo fueron también visitadas á la mañana siguiente, y solo un pastor supo decir, que como á las diez de la anterior noche, estando él sentado á la puerta de su cabaña, vió pasar un caballo que corría á todo escape, conduciendo un bulto que le pareció de dos personas. Despues de tan vagas noticias nada se pudo saber que diera alguna luz sobre el paradero de los fugitivos.

Cuando, despues del entierro de la madre de Lucía, quedaron solos en la casa Mateo y el anciano, éste sacando de su pecho una bolsita de cuero y un puñal, dijo con acento lúgubre y solemne:

—Esto es lo único que me resta en el orbe: la venganza. Gracias á un buen amigo he logrado convertir hoy mismo en dinero mis cortas posesiones.—Mateo, vamos á buscar á la infame que sobre las cenizas calientes de la que la diera el ser, osó arrojar la primer mancha que ha oscurecido mi nombre.

—Pero, señor...—murmuró el jóven, menós rencoroso que Jaime.

—No me repliques, y di si me quieres ó no seguir.

—Adonde quiera que vayais.

—Corriente.—Antes de abandonar la casa en que han nacido todos los de mi familia, juro por sus sagrados nombres, no volvería á habitar hasta haber vengado nuestra deshonra en la sangre del seductor y la hija maldita.

Al día siguiente una multitud inmensa se agrupaba á la puerta de la casa de Jaime. Todo el pueblo de Estella se hallaba reunido allí, atraído por una novedad muy grande. A pesar de ser mas de medio día la puerta permanecía cerrada, y nadie habia visto entrar ni salir en ella alma viviente, desde que se cerró tras la difunta.

Alarmada la justicia creyó de su deber intervenir en el asunto. Echada la puerta abajo, penetraron en la casa varios soldados, y la registraron cuidadosamente.

No habia nadie.

VICENTE BARRANTES.

(Continuad).

SOLUCION DEL CERÓGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El osado suca de todo mas partido que el encogido.

Directión, Redacción y Oficinas calle de Jacometrezo, número 28.